

PATTY McMAHOU

Con faldas
y... pelirrojo



*Con faldas y...
pelirrojo*

Patty McMahou

Esencia/Planeta

© Patty McMahou, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Upklyak y Pandavector / Freepik
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-08-25778-3
Depósito legal: B. 5.684-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Capítulo 1

El chirriar del frenazo de las ruedas del vehículo los dejó a todos sin aliento. Las miradas se dirigieron a la puerta del coche, por la que apareció un hombre con una ceja rota y la sangre cayéndole a borbotones por la mejilla. Llevaba una pistola en la mano y se colocó en posición para disparar.

Respiró despacio, todo lo lento que su corazón le permitía hacerlo. Solo le quedaba una bala, la única que no había podido descargar sobre su enemigo, que ahora se acercaba montado en una moto de gran cilindrada.

Intentó apoyar los dos pies en el suelo, pero le fue imposible; hasta ese instante no se dio cuenta de que algo había pasado en el momento en que se subió a aquel coche y echó a su conductor para salir disparado hacia la dirección que hacía unos momentos le habían dado. Pero aunque le dolía, abrió las piernas y extendió las dos manos para sujetar el arma con mayor precisión. La moto ya se acercaba y posiblemente aquel hombre no esperaba que lo estuviera aguardando pasada la señal de Stop.

La gente se dividía entre los que estaban anonadados sin saber qué hacer y los que corrían desesperados profiriendo gritos de pavor.

El olor a neumático quemado y gasolina lo inundaba todo. Volvió a tomar aire, a la par que su dedo índice se posaba en el gatillo.

No, aquel hombre no merecía estar en el mismo planeta que él. Había secuestrado a quien más quería...

—No vas a poder arrebatármelo todo, Memet —dijo en voz baja para convencerse de lo que iba a hacer. Ahí estaba, su moto apareció pasada la señal y lo único que tenía que hacer Amir era cerrar un poco el ojo dolorido para apuntar y dispararle en mitad del pecho. No se había pasado media vida en una milicia en la frontera con Turquía buscando venganza para ahora no ser capaz de dispararle el tiro que lo mataría.

Lo tenía enfrente. Memet sujetaba un arma bastante más grande que la que portaba Amir. Lo tenía encañonado, los dos iban a disparar como si se tratara de una justa medieval.

Oyó unos pasos que se acercaban, pero no podía apartar la mirada de aquel cerdo que se había llevado a toda su familia por delante, dejándolo solo y a merced de los traficantes de esclavos. Lo iba a matar, su dedo estaba ya apretando el gatillo cuando...

—¡No! —La bella Azir se puso delante de la pistola—. No lo mates. No os matéis.

—Aparta. —Con una mano la alejó bruscamente lanzándola contra el suelo.

—¡Amir, no lo mates. Agáchate y no lo mates! —gritaba ella.

—Calla, no sabes lo que dices. Merece morir por todo lo que le hizo a mi familia.

—Si lo haces —una lágrima comenzó a caer por el delicado rostro de la mujer—, matarás a tu padre...

Amir la miró a los ojos en el justo instante en que sonó un disparo que atravesó su cuerpo, derribándolo...

—¡Nooooo! —chilló la mujer, desesperada al ver que Amir se llevaba la mano a la herida causada por la bala, mientras la motocicleta se marchaba a toda velocidad.

—Azir —balbució él—, no es cierto lo que me estás diciendo. Él no puede ser mi padre.

—Ahora no es el momento de hablar de ello, Amir. —Las lágrimas inundaban sus ojos mientras le sujetaba la cabeza.

La mano de él se acercó a su rostro, que acarició despacio, sintiendo que las fuerzas le iban desapareciendo por segundos.

—Sé que nunca me vas a querer, Azir. Sé que solo soy un apátrida que no tiene oficio ni beneficio. Que tu lealtad por Tomaso es mucho más grande de lo que nunca habría imaginado. Pero antes de morir —tosió, echando algo de sangre por la boca—, quiero que sepas que siempre te he amado. A pesar de él, de ellos y de lo que nos hicieron...

—Amir —la mujer le acarició el cabello—, nunca he dejado de amarte. Y sé que este no es el final.

Ambos aproximaron el rostro al del otro, despacio, mientras a lo lejos sonaban las sirenas de la policía y de la ambulancia a la que alguien, quien fuera, había avisado. Pero en ese momento solo estaban ellos dos, acercando los labios para que aquel beso que iban a darse fuera para siempre.

* * *

—¡Corten! ¡Joder, ¿qué cojones ha sido esto?!

El director se quitó los cascos con los que escuchaba a los actores y los tiró con rabia. Por suerte, el cable era demasiado corto como para que se estrellaran contra el suelo.

—¡Maquillaje! ¡Me puede explicar alguien por qué tiene sangre en la boca? ¿Y un beso? ¡Que solo llevamos una temporada, no pueden besarse! —Saltó de su silla y corrió a por una de las productoras—. ¿Quién ha sido? ¿Por qué lo ha hecho?

—Vamos a ver, Manel —dijo Edurne con calma—, ayer tu-

visteis a los guionistas encerrados tres horas porque queráis un final de capítulo excepcional. Comenzamos nueva temporada dentro de una semana y este capítulo es solo uno más.

—No me toques lo que no me cuelga, Edurne —soltó él cabreado—. No tenemos vacaciones, no tenemos temporadas como tales. Nos las venden así, pero esto es un programa diario. ¿Sabes lo que significa eso? —Edurne lo miraba como quien mira una pared en blanco—. Pues que los finales no son finales, porque al día siguiente hay otro capítulo.

—A ver, Manel —habló de nuevo calmadamente—, repite la escena, quítale la sangre... No sé, haz lo que quieras, pero los guionistas deben descansar.

—Me da igual. Están cobrando por currar, ¡así que ya me están cambiando los diálogos a la voz de ya! —Y se marchó sin dar más explicaciones.

Edurne se miró la punta de los zapatos antes de levantar la vista y ver a los dos actores principales de aquella telenovela turco-italo-española darse la vuelta sin siquiera mirarse a los ojos.

Mandó un mensaje al grupo de WhatsApp de los guionistas diciéndoles que dejaran su hora de comida, que tenían que volver a la sala. Manel los estaba esperando.

* * *

Cuando Eva, que aún no había comenzado a darle un mordisco a su bocadillo de mortadela con pan chicoso de la máquina de *vending* oyó el sonido de su móvil, resopló. Sabía perfectamente lo que significaba, así que mientras se levantaba de aquella escalera que había usado como asiento, sí le dio un mordisco y caminó con aire cansado hacia la sala de reuniones.

Capítulo 2

Solo quería dejar mi moto en el garaje y lanzarme en plancha para tener un verdadero romance con mi mullida y esponjosa cama.

En el trayecto, después de haber pasado horas discutiendo ideas y plasmándolas en papel, se había puesto a llover como si no hubiera un mañana. Por suerte para mí, solo me comí dos minutos de aquel diluvio.

Entré en casa, dejé la mochila en el suelo, junto con la ropa, hecha un gurrño, el casco en la entrada y la chaqueta en el perchero. «Mañana será otro día», pensé y ya bregaría con él, pero de momento solo tenía ganas de irme a la cama a dormir.

En ropa interior y con el pelo un poco mojado en las puntas, me metí en mi acogedora cama con colchón de espuma viscoelástica, de esos que dicen que se adaptan a tu cuerpo haciendo que duermas como un bebé, y me acurruqué debajo del edredón.

No recuerdo cuándo se me cerraron los ojos, pero sí que el sonido insistente del móvil no hacía más que repiquetear en mi cerebro y se estaba convirtiendo en una pesadilla.

La luz ya comenzaba a entrar por las rendijas de la persiana e intenté abrir un poco los ojos, pero no tenía ningunas ganas de alargar el brazo y coger el teléfono para hacer que el maldito trasto dejara de sonar.

Vi que era el de la productora para la que trabajaba desde hacía ya once meses, en unos días haría un año, pero juro que no podía más.

El persistente sonido no paró, es más, en vez de dejar mensaje en el buzón o mandar uno de texto, lo que ocurría era que insistían una y otra vez.

¿No les había explicado nadie que el día anterior los tres guionistas de turno nos fuimos a las dos de la madrugada?

Me hice esa pregunta pensando si en realidad a alguien le importaba. A mí sí, lógicamente, porque desde que estaba en esa fabulosa serie diaria que se emitía en tres países a la vez y se grababa en Madrid, no había habido ni un día que no me acostara más tarde de las doce de la noche. Eso sin contar con que al día siguiente esperaban tener su texto en perfectas condiciones. Por no hablar de los egos de los protagonistas. Era como estar viendo *Furia de Titanes*.

Admito que me divertía ver cómo adoraba todo el mundo al gran actor italiano Vittorio Verdi y a la española Miriam Aguaviva, pensando que el amor imposible que encarnaban en la pantalla iba más allá de esta. Revelaré un secreto: se odiaban. Y lo peor de todo, según las malas lenguas: al parecer ella le había puesto los cuernos con otro de los que trabajaban en la telenovela, un turco, uno de esos actores a los que les sobran músculos y les falta cerebro.

—¡Vale ya! —solté en voz alta, al ver que no paraba de sonar el teléfono.

Lo miré con muy mala uva desde la cama, con la cabeza aún apoyada en la almohada. Me dio la sensación de que mi grito huracanado había funcionado, porque paró. Aunque solo el tiempo suficiente como para que comenzara a repiquetear mi otro móvil, el privado.

Me medio incorporé en la cama y vi que la luz ya entraba con ganas por las rendijas de la persiana. No sabía si me estaba convirtiendo en un ser de las tinieblas en vez de en alguien que adoraba quedarse horas cual lagartija bajo el sol.

—¿Qué? —pregunté sin ganas.

—Necesitamos que vengas al plató lo antes posible —dijo la voz de Edurne al otro lado.

—No —contesté secamente.

—Tienes que venir y no hay más que hablar...

—Sí, sí hay más que hablar, Edurne. —Bufé—. Me he estado acostando desde hace meses a las tantas de la noche por tener que rehacer mil guiones que estaban perfectos hasta que de repente dejan de estarlo. No he dormido ocho horas seguidas desde hace siglos y ahora... ahora, ¿qué?

—Eva, Manel necesita hablar contigo de un par de cambios que quiere hacer en lo que ha recibido.

—¿Cómo? Pero si anoche quedó genial, palabras textuales tuyas —me quejé.

—Pues parece ser que esta mañana ya no le parecía tan bien. Quiere darle otro giro al romance de los protagonistas.

—No puedo más —dije por lo bajo, pero no lo suficiente como para que ella no lo oyera.

—Lo siento, Eva, lo siento mucho. Eres la única a la que Vittorio deja hacer cambios en sus frases respecto a la relación que tiene con la protagonista. —Sonrió al continuar—. Yo creo que le gustas —añadió mi amiga y jefa de producción de la serie.

—Para amores estoy yo...

—Bueno, no te quejes tanto —me dijo condescendiente—. Fuiste tú quien decidió que lo vuestro ya no funcionaba. Recuerda que quien rompió la relación no fue él.

—¿Cómo no iba a ser yo? Si no tengo tiempo para nada —protesté.

—Pues si todo va bien con Vittorio, lo mismo te puedes jubilar. —La oí reír de fondo.

—Vete a la mierda —solté sin más—. Iré en cuanto me duche, me tome un café y desayune como los humanos, que ayer en todo el día solo comí un bocadillo de mortadela de la máquina.

—Diré que estás en un atasco.

Ninguna de las dos nos despedimos. Llevábamos demasiado tiempo trabajando juntas como para andarnos con tonteterías.

Edurne y yo nos conocimos en un anterior trabajo del que ella se marchó mucho antes que yo. Lo de poner cafés en el Starbucks fue algo que nos marcó mucho a las dos, en realidad más a mí, pues Edurne tenía claro que ella quería trabajar en el mundo de la televisión. En mi caso, lo único que tenía claro era que con la licenciatura en Filología hispánica que estaba a punto de terminar, mis opciones en el mundo laboral eran bastante más complicadas, por no decir casi inexistentes. Así que mientras ella comenzaba a trabajar en un programa de cotilleos diario como redactora, yo conocí al que hasta hacía cinco meses había sido el amor de mi vida.

Y no, no fue sirviéndole un café o echándole uno por encima, eso se lo dejo a las novelas románticas que leo. Fue el día que apareció en la franquicia presentándose como el nuevo dueño. Alto, desgarbado, pero con ese aire de sabio despistado que me encantaba. No fue amor a primera vista, sobre todo por las pintas que yo llevaba en el trabajo, sino más bien amor por desgaste. Él miraba y yo lo esquivaba. Y así durante meses, hasta que un día me esperó en la puerta de atrás después de que me cambiara de ropa...

Llevábamos algún tiempo de relación cuando recibí la llamada de mi amiga Edurne. Sabía que no sería capaz de decirle que no a lo que me proponía, me conocía demasiado bien. Y aunque nos llamábamos y salíamos a menudo, lo que me dijo en esa conversación hizo que mi vida comenzara a convertirse en el amargo día a día que vivía. Bueno, al principio no fue así, pero ahora... A lo que voy, me ofreció trabajar como guionista en una nueva productora que iba a ponerse en marcha para crear contenidos en forma de series para plataformas digitales.

No quise decirle que no, no podía decirle que no. Era mi oportunidad de poner en práctica todo lo que sabía, todo lo que quería y lo que anhelaba hacer: escribir. Porque cuando decidí lanzarme a estudiar Filología hispánica lo único que ansiaba era saber escribir a la perfección para así dedicarme a eso, a crear historias.

Es cierto que mi juventud me hizo entrar en este círculo como si de un mundo ideal se tratara, pero no tenía nada que ver con lo que yo siempre había querido: escribir novelas; lo que yo deseaba era ser escritora.

Al principio todo era maravilloso, divertido y casi podría decirse que «vitamínico». Ya sé que esta palabra puede sonar bastante rara en este contexto, pero lo que esas reuniones entre creativos y guionistas hacían en nuestro cerebro era mejor que un complejo multivitamínico de los que se venden en cualquier farmacia. Las ideas, las tramas, los malos, los buenos, los que estaban para dar la réplica a los protagonistas, que siempre sufrían mucho. Eso era fundamental para que luego el final feliz fuera de traca.

Durante un tiempo pensé que eso me daría mucho currículum para lanzarme a escribir mi primera novela. A veces se me iba un poco la cabeza y me encantaba pensar en mí como en una de las grandes damas de la novela.

Al cabo de poco tiempo de estar en aquella productora y debido a las ganas que les echaba a mis historias, me propusieron para liderar un gran proyecto, una fantástica coproducción. Una fabulosa historia de amor entre un pobre desgraciado y una rica heredera que estaba destinada a casarse con su mayor enemigo. Bueno, lo de siempre, pero con los mejores actores de «cada casa».

Después de todo esto que os estoy contando, podéis imaginar que los ritmos de trabajo entre mi pareja y yo iban totalmente desacompañados. Él llegaba pronto y yo me iba. Él se iba y yo no llegaba... Y aunque al principio todo me fue fantástico en el trabajo, por desgracia otra parcela de mi vida iba deshaciéndose a pasos agigantados.

Le echo de menos.

Suspiré mientras notaba el sabor amargo del café en la boca. Hacía ya bastante tiempo que lo habíamos dejado. No nos veíamos, ni siquiera nos volvimos a enviar ningún mensaje. Sabía que él salía con alguien, mientras que yo solo escribía historias de amor para otros...

Aún tenía una fotografía de nosotros dos en la entrada de casa, de la vez que viajamos a México... Pero bueno, la vida es lo que está pasando y no lo que pasó o pasará.

Suspiré otra vez, quizá lo hacía demasiado, y me puse en marcha. Mi Vespino roja me esperaba en el garaje.